



Instituto de Dirección
y Organización de Empresa.

Cátedra de Política
Económica de la Empresa

PROF. DR. DR. SANTIAGO GARCIA ECHEVARRIA

Núm. 93

LA CRISIS DE LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR: UN ANALISIS

Prof. Dr. Antonio Sainz Fuertes
Universidad de Alcalá de Henares

UNIVERSIDAD  DE ALCALÁ

Doc.

1-B

94-93

UNIVERSIDAD DE ALCALA



5904364071

CONFERENCIAS Y TRABAJOS DE INVESTIGACION
DEL INSTITUTO DE DIRECCION Y ORGANIZACION
DE EMPRESAS / Núm. 93
DIRECTOR : Prof. Dr. SANTIAGO GARCIA ECHEVARRIA



4

LA CRISIS DE LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR: UN ANALISIS

Prof. Dr. Antonio Sainz Fuertes
Universidad de Alcalá de Henares

Alcalá de Henares, 1994

Consejo de Redacción :

Santiago García Echevarría (director)
María Tercsa del Val
Susana Hita

Secretaría y Administración :

María Luisa Rodríguez

© Prof. Dr. Dr. Santiago García Echevarría

Dirección del I.D.O.E. : Plaza de la Victoria, 3
28802 - Alcalá de Henares.
Teléfono : 885.42.00
Fax : 885.42.06

EDITA:

I.D.O.E. UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

ISBN:84 - 8187 - 019 - 6

Deposito Legal: M - 34373 - 1994

Imprime: CICAÍ REPRODUCCIONES, S.L.

Pº de la Estación, 7 28807 Alcalá de Henares

INDICE

- 1. INTRODUCCION.**
- 2. EL CAPITALISMO.**
- 3. EL ESPIRITU DEL CAPITALISMO.**
- 4. EL METODO DE PRODUCCION CAPITALISTA.**
- 5. GENESIS, DESARROLLO Y CRISIS.**
- 6. EL NEOCAPITALISMO.**
 - 6.1. Sus bases.
 - 6.2. La sociedad postindustrial.
 - 6.3. La sociedad del bienestar.
- 7. ELEMENTOS DE UNA CRISIS.**
 - 7.1. El factor demográfico.
 - 7.2. Productividad y competitividad.
- 8. CONCLUSION.**
- 9. BIBLIOGRAFIA.**

1. INTRODUCCION.

¿Estamos verdaderamente ante una crisis del Estado del Bienestar? O, quizás mejor, ¿ha habido alguna vez un Estado del Bienestar? Analizando la historia hemos de convenir en que nunca como ahora se había llegado a algún país a tan alto grado de prestaciones sociales, ni éstas habían llegado a tantas personas. Ciertamente, la sanidad, la enseñanza, las pensiones, los subsidios de desempleo, por un lado, y el grado de poder adquisitivo (y de desarrollo industrial), por otro, que permite el acceso de muchísimos trabajadores a viviendas dignas, en las que el grado de confort (calefacción, agua corriente, teléfono, electrodomésticos de todo tipo, etc.) tiene niveles jamás alcanzados, permite aceptar como correcta la aseveración de que al menos en estos países se había llegado a un alto grado de bienestar.

Sin embargo, todo ese estado de cosas parece haber entrado en crisis (o al menos eso se dice), por cuanto el fantasma del paro y de crisis estructural del sistema capitalista en definitiva, parece impregnar todos los engranajes de las sociedades desarrolladas. ¿Cómo se ha llegado hasta aquí? Sería de todo punto imposible pretender dar una explicación rigurosa si antes no desarrolláramos siquiera someramente la aparición y desarrollo del propio capitalismo, sistema que lleva en sí mismo todo un conjunto de conquistas del individuo y de la sociedad, de contradicciones, de crisis, y ha suscitado (y sigue suscitando) odios y alabanzas, racionales e intelectuales unas veces y otras de una visceralidad que dejó en el camino millones de vidas.

Así pues, nos apresuramos a dar siquiera unas pinceladas del nacimiento y desarrollo de ese sistema económico desde el que hoy asistimos escépticos al réquiem del Estado del Bienestar, entonado por los mismos medios e instituciones que hasta ayer certificaban su existencia en estado puro cristalizado.

2. EL CAPITALISMO.

El capitalismo puede ser abordado desde un punto de vista histórico, como un modo de producción que se abre paso ya en los albores de la edad moderna, pero que alcanza su concreción y su realización con la llamada "revolución industrial", expandiéndose por toda Europa -desde Inglaterra- a lo largo de todo el siglo XIX y alcanzando su primer apogeo hacia mediados de ese siglo, en esa época que se ha venido en llamar "era del ferrocarril". Y que a finales del siglo XIX, pero sobre todo a través del siglo XX, pasa a ser un modo de producción característico del viejo continente -y de Norteamérica- para constituir un régimen económico que imparte ahora su dominio por casi todo el mundo.

Pero, este punto de vista histórico no es el único posible mediante el cual puede llegarse a una correcta definición del capitalismo. Cabe enfocar éste desde un punto de vista estrictamente económico y sistemático, según el cual el capitalismo constituiría un determinado modo de organización de la economía caracterizado por la creación de un mercado libre, en el que sus agentes se hallasen emancipados de toda traba -política, religiosa, étnica- para realizar sus mutuos intercambios, caracterizada por la formación de una clase dirigente que basa su primacía económica, no tanto en privilegios o prebendas legados por la tradición y avalados por la costumbre, la religión o la preponderancia racial, sino por la capacidad de aumentar la riqueza a través del "negocio"; caracterizada, por último, por la formación de una clase trabajadora emancipada de servidumbres feudales o semif feudales, en plena libertad para ofrecer su fuerza de trabajo al mejor postor y con plena posibilidad de traslado al puesto de trabajo que más le convenga. El capitalismo, en este sentido, constituye un régimen que libera y emancipa las fuerzas productivas, empresariales o laborales, de toda traba tradicional; que en consecuencia funda un régimen de mercado no sometido a cortapisas que lo limitan.

El capitalismo se definiría, en consecuencia, como el sistema que eleva a sujetos principales del juego económico al empresario y al trabajador, sobre la base del régimen de mercado y de la propiedad privada de los medios de producción.

Cabe, asimismo, acercarse el capitalismo desde un punto de vista culturalista.

Según este punto de vista, el capitalismo constituye el legado y la concreción de un modo de pensar que se abrió paso en la Europa de la reforma, a través del protestantismo de Lutero, pero sobre todo, a través del calvinismo, según el cual se tendía a valorar como altamente positiva -y posible- la búsqueda de la salvación individual, a través del trabajo, siendo un signo fehaciente de pertenencia al grupo de los "predestinados" la creación de riqueza a través del espíritu de la laboriosidad y del ahorro. Frente al modo de pensar católico, implantado en el área mediterránea, el protestantismo nórdico, pero muy especialmente el calvinismo, constituiría la cuna ideológica y espiritual del "espíritu capitalista".

El capitalismo, rechazado por muchos individuos, grupos, pueblos, como la suma y el compendio de todos los males que asolan a la vida humana, fuente y principio de todas las miserias materiales y espirituales, es, para otros, en cambio, garantía de una convivencia fundada en los principios de libertad, democracia y dignidad de la persona.

3. EL ESPIRITU DEL CAPITALISMO.

Max Weber se pregunta en su obra "La ética protestante y el espíritu del Capitalismo" por los principios éticos que están en la base del capitalismo, constituyendo lo que él denomina su "espíritu". Para lo cual se remonta a la ética que se desprende de la teología protestante, tanto la teología luterana como, muy especialmente, la teología calvinista. Halla en la concepción protestante del mundo profano, de la relación del

hombre con el mundo, de la "profesión" y del "trabajo" las semillas de una mentalidad que encontrará en el capitalismo su cristalización objetiva.

En la concepción cristiana medieval, preservada por el catolicismo, ésta exigía como requisito fundamental el desprendimiento de las cosas de este mundo, siendo "consejo evangélico" la separación, por la vía sacerdotal o conventual, del ruido mundanal y de sus ajetreos. El trabajo era considerado como una maldición. Debía desarrollarse en la medida en que el hombre lo necesitaba para subsistir, pero en ningún caso constituía un fin en sí mismo. La vocación del hombre se realizaba en esa contemplación, estado perfecto en el que se unía a la divinidad.

Ahora bien, ya en el luteranismo el término "vocación" sufre una inflexión peculiar hasta significar, finalmente, algo sinónimo a lo que modernamente llamamos "profesión".

El hombre es "llamado" por Dios no sólo o no únicamente para la contemplación, que implica la separación conventual del "mundo profano", sino también, e incluso preferentemente, para cumplir su plan o su providencia en este mundo a través de su trabajo y de su profesión.

En el calvinismo se acentúa una valoración religiosa de la actividad profesional del trabajo. De hecho, el calvinismo coincide con el catolicismo en su diatriba sobre la corrupción del mundo y en la necesaria condenación de sus pompas y sus placeres.

El calvinismo radicaliza en esto las tendencias del catolicismo, condena todo lo superfluo, todo tipo de pompa o de ostentación, y en este punto está el nudo de la cuestión: a diferencia del católico, el calvinista valora positivamente el trabajo, el espíritu laborioso. El calvinista considera que a través del trabajo y de la profesión se da honra y gloria a Dios. Únicamente se le deshonra a través del placer.

Junto a la valoración positiva del trabajo está también presente en el espíritu calvinista una valoración positiva de la riqueza creada por ese

trabajo. Pero esa riqueza creada no debe ser consumida ni gozada. Tampoco debe ser sencillamente "ahorrada", en el sentido de la "avaricia", por puro "amor al lucro". debe ser reinvertida, debe ser estímulo para crear nuevas formas de trabajo. Con ello se completa el sistema ético que está en la base de la formación del capitalismo. Con ello se alcanza, de hecho, la quinta esencia del "espíritu" del capitalismo.

4. EL MODO DE PRODUCCION CAPITALISTA.

Una vez explorados los orígenes del capitalismo por concepciones éticas, conviene ahora aproximarse a él de un modo más ceñido, tomándolo como algo menos etéreo que una mentalidad o una forma de pensar: como un sistema de organización de la vida económica y social determinado y específico, susceptible de distinción de otros sistemas. Se trata, pues, de abandonar el enfoque culturalista y pasar a un enfoque económico y social.

En este sentido nuestra atención se centra en los análisis de Marx en **El Capital**, ya que esta obra, como lo indica su título, constituye el primer intento sistemático por comprender el capitalismo como sistema, a la vez, económico y social, como modo de producción, es decir, modo de organización social de las fuerzas productivas, y de la mano de Marx se puede dar una respuesta a la pregunta "qué es el capitalismo", o mejor aún "bajo que condiciones puede decirse que un determinado sistema de organización económica y social es capitalista".

Pues bien, el sistema económico capitalista presupone la existencia de un mercado, la conversión de los objetos producidos en mercancías. La existencia de poseedores de esos objetos, de esas mercancías. Y sobre todo: la existencia de poseedores de los medios de producción de las mercancías: la propiedad privada de los medios de producción.

Pero el sistema capitalista presupone algo más: cierto tesoro acumulado. Sólo que ese tesoro no es todavía propiamente capital. Para serlo, debe dejar su escondite, debe dejar su retiro y volver una vez más a la circulación. Para que el tesoro devenga capital debe invertirse.

El régimen capitalista implica, pues, la posesión probada de los medios de producción, el régimen de mercado y la conversión de todos los factores productivos, fuera de trabajo, medios técnicos de producción, instalaciones, etc., en parcelas de capital.

Ahora bien, Marx llama la atención sobre lado radicalmente nuevo que introduce el capitalismo respecto a otros regímenes de producción: la creación de la mercancía llamada fuera de trabajo.

El capitalismo es, por consiguiente, aquel sistema que sólo puede existir en la medida en que el trabajador se emancipe de las trabas que lo fijan a un lugar, o lo ligan por vínculos de tradición, de casta, de religión, o por un complejo sistema de prestaciones y contraprestaciones, a una casta señorial. En el capitalismo es necesario que el capitalista disponga de un mercado libre de fuerza de trabajo.

El capitalismo entroniza como piedras angulares de su sistema la propiedad privada individual, la libertad y la igualdad. El hombre es libre e igual ante una ley que asegura y garantiza esos tributos humanos. El Estado debe asumir la condición de garantía del mantenimiento de esos principios.

Ahora bien, el desarrollo del capitalismo enriquece y matiza esas determinaciones. El carácter individual de la propiedad, el régimen de mercado y competencia aparece cuestionado por la tendencia a la concentración del capital monopolística u oligopolística.

El curso histórico del capitalismo -pasados sus orígenes manufactureros y su era heroica de lucha contra el feudalismo-, presenta a nivel económico y social dos fenómenos fundamentales: el surgimiento

de un capital concentrado y con vocación monopolística que, una vez exhaustos los mercados internos tiene a expansionarse por todo el mundo, constituyendo una vasta red imperial, y el surgimiento de una clase obrera organizada que actúa como "poder compensador", presentándose con clara vocación universalista.

Estos fenómenos trascienden el marco histórico y mental de Marx. El surgimiento del imperialismo excedió las posibilidades de su investigación; lo mismo el surgimiento de un capitalismo que exigía una relación distinta a la liberal respecto al poder político: un capitalismo en el que el Estado apareciera como actor principal, no como comparsa, del juego económico.

5. GENESIS, DESARROLLO Y CRISIS.

Puede hablarse en este sentido de varios estadios del capitalismo a tenor de los diferentes modelos de desarrollo tecnológico. Un primer estadio vendría marcado por las invenciones efectuadas en el terreno de *la industria textil, efectuadas en la Inglaterra de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX*, era en la cual se construyen las primeras máquinas de hilar que sustituyen el trabajo todavía artesanal característico del período anterior. A las transformaciones en el campo de la industria textil sucederían las que tuvieron lugar en el campo de la siderurgia, determinantes de la creación de la gran industria moderna, de la "era manchesteriana", las cuales exigían como premisa la movilización y concentración mucho mayor de capital, con el fin de su puesta en marcha. El fruto maduro de esa revolución sería el ferrocarril, de manera que la empresa familiar deja paso a la sociedad anónima -único modo de financiar las extensas redes de comunicaciones propias de una obra de *tamaño envergadura*-, establecería unas características nuevas en el seno del capitalismo: su tendencia natural a la concentración de los capitales.

La era del ferrocarril constituye la edad madura y clásica del capitalismo, eso que Sombart ha denominado "El apogeo del capitalismo". En ella coexiste el carácter competitivo de la libre empresa - que en la economía política liberal posee su apologética- con las tendencias concentracionarias características de lo que, más adelante, dará lugar al llamado "capitalismo tardío", marcado por la tendencia hacia oligopolios y monopolios, así como por la debilitación o hasta la supresión de la libre competencia. Es, asimismo, una era que presenta la faz más creativa del capitalismo, ya que consagra como valores casi religiosos el ideal de progreso científico y tecnológico, la sustitución de la religión y de la filosofía por la ciencia, la promoción como figura casi sacerdotal del inventor, el ocaso de la metafísica en aras de la filosofía positivista. Es la época en que triunfa la ideología de Saint-Simon y de Comte, quienes creen que se está inaugurando una nueva edad de la razón fundada en el dirigismo de los industriales ilustrados, de empresarios puestos al servicio de los principios racionales de la ciencia y de la tecnología.

El propio Marx era en este sentido un ser fascinado por la burguesía, como lo demuestra en el **Manifiesto Comunista**, en tanto esa clase ha sabido transformar todos los vínculos del hombre con la naturaleza, a la vez que las relaciones del hombre con su medio social, mediante grandes movilizaciones de capital que han hecho posible la creación de los grandes complejos industriales. Su comunismo significa en este sentido, frente a toda nostalgia rural -característica de muchos anarquistas-, la realización misma de los principios de progresos industrial y científico-tecnológico. Si quiere relevar al capitalista por el proletario en la gestión de la sociedad y de los medios de producción, no es por razones morales de justicia, sino por razones "científicas", es decir, por cuanto a su manera de ver mediante ese traspaso de poderes podría llevarse a su culminación el proceso de desarrollo de las "fuerzas productivas", y en consecuencia el proceso de industrialización.

En los orígenes de la ciencia económica moderna, la ideología optimista y progresiva de la Ilustración, características del siglo XVIII,

pudo presentar la imagen de un continuo y nunca detenido progreso y despliegue de las fuerzas productivas, a través de un sistema económico emancipado de la tutela del Estado, librado de toda suerte de proteccionismos.

Tal era la ideología ya incipiente en el movimiento de los fisiócratas y especialmente evidente en la obra de Adam Smith, el fundador de la economía política moderna. Fueron estos quienes propusieron un modelo de funcionamiento económico en el que el Estado debía retirarse del escenario, asumiendo el simple papel de árbitro o policía que mantenía en vigencia las propias leyes sobre las que se asentaba ese juego.

Con ello, se formuló el corpus doctrinal y político del liberalismo.

El progreso indefinido, el bienestar general y el enriquecimiento de todas las naciones, era el buen augurio de esta economía política liberal.

Ahora bien, las siguientes generaciones de economistas que prolongaron y perfeccionaron la teoría formulada por Adam Smith, modificaron seriamente ese cuadro idílico de armonía y de progreso.

Así, por ejemplo, Malthus hizo cundir alarma y pánico con su célebre teoría acerca del desajuste entre un crecimiento geométrico de la población frente a un crecimiento aritmético de los recursos naturales.

La ley malthusiana se prolongaba en recomendaciones concretas de abstención y ahorro, de continencia y control de los nacimientos. Era preciso fomentar el espíritu de ahorro, evitar toda dilapidación de los recursos. El empresario, el burgués, podía realizar esas "virtudes" netamente burguesas en virtud de su educación y de sus buenas maneras. Pero el proletario no ofrecía garantía alguna acerca del uso o abuso que pudiera hacer con la riqueza que se le daba. Malthus recomendaba que al trabajador se le mantuviera a nivel de subsistencia, de manera que sólo pudiera hacer uso de la riqueza imprescindible para

su propia reproducción diaria y para la reproducción de su especie. Ello dio lugar a la célebre "ley del bronce de los salarios".

David Ricardo abundó en la visión pesimista de Malthus formulando una célebre teoría llamada a tener grandes repercusiones, especialmente en su discípulo Carlos Marx.

Se trata de la ley de los rendimientos decrecientes, ley que manifestaba serias dudas respecto a la concepción de Adam Smith. Para Ricardo, llegado a un determinado punto de concentración capitalista, los rendimientos se hacen decrecientes, pudiéndose evitar sólo esa baja de la tasa de ganancia, manteniendo con férreo rigor los salarios a nivel de subsistencia.

Con ello aparecería la espada de Damocles que ha tenido desde entonces el capitalismo sobre su cabeza: la amenaza de una crisis que no fuera sólo coyuntural sino estructural.

Marx fue un discípulo aventajado de Ricardo, que supo encuadrar el cuadro teórico de éste en un marco más general. para Marx, el capitalismo no era sino un modo de producción dominante o hegemónico en una formación histórica y social determinada. En consecuencia, había tenido su nacimiento y tendría necesariamente también su crepúsculo y su muerte. Y sobre ese crepúsculo y esa muerte intentó reflexionar Marx en **El Capital**: el capitalismo, alcanza cierta madurez, entraba en una fase crítica, premonitória de crisis estructurales y de transformaciones revolucionarias. Esa madurez venía dada por la tendencia del capital a su concentración y a la eliminación del principio original que asistió a sus orígenes: la competencia. El capital terminaría en manos de unos pocos, constituyendo la cúspide de una pirámide absolutamente separada de la base. El capital terminaría por constituir oligopolios que derivarían en monopolios. Al mismo tiempo, la "base", "fuerza de trabajo", se iría ensanchando, horizontalmente agrandándose en proporciones inmensas y situando la "ley del bronce de los salarios", por debajo del umbral mismo de la subsistencia. Sólo invirtiendo la pirámide sería posible atajar

la catástrofe e invertir el pesimismo en optimismo. Ello determinaría una verdadera revolución e instauraba, primero, una "dictadura del proletariado" y, después, un régimen de apropiación comunista de los medios de producción.

La visión apocalíptica de la economía política clásica, de Ricardo a Marx constituyó el corpus teórico e ideológico de alguno de los sectores punta del movimiento obrero. Frente a esta visión, se proponía un análisis más ceñido de la realidad económica, de manera que fuera posible formular en leyes los distintos ciclos y sus fases características del sistema capitalista. La crisis aparecía entonces como una fase dentro de esos ciclos, siendo posible superarla a través del propio juego espontáneo del mercado. No parecía necesaria intervención ninguna ni revolucionaria ni estatal, para que las crisis cíclicas fueran zanjadas: el propio juego del mercado permitía, a la larga, superar los momentos depresivos y alcanzar una reactivación y una expansión de las fuerzas económicas.

Sin embargo, en el siglo XX pareció como si los augurios pesimistas de Ricardo alcanzaran su cumplimiento. Especialmente el llamado crack de 1929, en el que parecía como si al fin tuviera lugar la bancarrota del sistema capitalista.

6. EL NEOCAPITALISMO.

6.1. Sus bases.

La crisis que aquejó al sistema capitalista a partir de la década de los años veinte, parecía tener un carácter crónico que la diferenciaba de las crisis cíclicas que hasta entonces habían tenido lugar.

El signo fehaciente de la misma fue el bajísimo nivel de empleo y el paro generalizado contra el cual toda la política de los gobiernos se estrelló sin poder evitar su crecimiento y su extensión.

La política de los gobiernos, especialmente el inglés, fracasó en la misma medida en que mantenía los principios dogmáticos de una teoría económica convencional. En última instancia, se achaca la crisis al creciente poder de los sindicatos obreros, constituidos en un verdadero "contrapoder" respecto a la clase empresarial. Era los sindicatos quienes, con sus continuas reivindicaciones salariales y con su política de huelgas -que dio lugar incluso a huelgas generales-, los responsables principales de esa crisis económica de carácter crónico. Para colmo, había triunfado en Rusia el partido bolchevique, constituyendo las bases de una economía dirigida desde el Estado, de manera que los principios liberales parecían amenazados en su base.

En vano, Keynes recomendaba al gobierno inglés una intervención de características muy peculiares: la acometida, por parte del estado, de obras públicas de gran envergadura, que permitieran restablecer el "pleno empleo".

El gobierno inglés y la economía política universitaria rechazaban esas propuestas como excentricidades. No fue ese gobierno el que puso en práctica los consejos del economista, sino el presidente Roosevelt, un "conservador" que fue tachado de "socialista" por razón de su iniciativa de atajar la crisis general y el paro a partir de la propulsión de obras públicas.

Desde premisas totalitarias y al amparo de una renacida apologética de la idea del Estado, los fascismos, pero en especial el nacionalsocialismo, logró atajar la gravísima crisis de la economía alemana a partir de un vastísimo programa de construcciones, como por ejemplo, la red célebre de autopistas alemanas. En la misma España, las iniciativas del equipo económico del dictador Primo de Rivera fueron para nuestro país beneficiosas en el terreno de la economía. Parecía que el

viejo prejuicio liberal respecto a la intervención del Estado en la economía comenzaba a resquebrajarse.

Keynes estableció con absoluto rigor las razones del desempleo, mostrando que obedecían a principios diferentes de los que siempre se esgrimían.

Estableció, en efecto, una correlación entre ahorro, inversión, consumo y pleno empleo que obligan a reformular la teoría y a modificar la política económica de los gobiernos.

Con ello se abrió la posibilidad histórica de un capitalismo de nuevas bases que en vez de gravitar sobre la producción hiciera gravitar a ésta -y a la economía en su conjunto- en el consumo, generador de ahorro y, en consecuencia -dada la ecuación Keynesiana de ahorro e inversión- promotor de inversión. La sagrada "ley de bronce" de los salarios debía ser abandonada, necesitándose reformular una política que constituyera como sujeto económico principal al consumidor en vez del productor, incrementando así el poder adquisitivo de todas las clases sociales, ya que ese incremento podría suscitar la propulsión al ahorro.

Este no era resultado de los principios éticos calvinistas y puritanos, sino al contrario: era efecto de unos principios de otro orden -una ética del bienestar de marcado carácter hedonista- que auspiciaban el consumo generalizado. El nuevo capitalismo, por consiguiente, se había dado un nuevo "espíritu", alejado radicalmente del "espíritu" calvinista y puritano. Todo ello determinó la creación del llamado "neocapitalismo", así como de una profunda transformación en los valores sociales, característica de la llamada "sociedad de consumo" de la postguerra.

Este nuevo capitalismo mantiene al estado como instrumento planificador, sólo que esa planificación es regulativa o indicativa; mantiene, asimismo, los principios liberales del mercado del sector privado. Ha dado lugar a sistemas políticos llamados de "régimen mixto".



6.2. La sociedad postindustrial.

El nuevo capitalismo constituye un reto que no estaba previsto en sus premisas científicas. Se suponía que la crisis debía producirse por razón de la concentración creciente de capital y por la imposibilidad de "dar salida" a los excedentes. No se contaba con que la solución se hallaba, al menos en parte, modificando sustancialmente la relación entre la cúspide de la pirámide y la base. La sociedad neocapitalista exigía para su propia sobrevivencia la conversión del trabajador en consumidor potencial y en agente de ahorro (y en consecuencia de "inversión"). Por otra parte, el neocapitalismo demostró que esa tendencia concentracionaria no implicaba necesariamente "rendimientos decrecientes".

De ahí que la teoría crítica del capitalismo, especialmente el marxismo, se viera obligado a mantener sus premisas teóricas refinando sus análisis. Así, por ejemplo, se dice que los excedentes son absorbidos en virtud de inversiones cada vez más crecientes en aquellos circuitos que median entre la estricta producción y el estricto consumo, especialmente en el terreno de una propaganda plenamente planificada. Asimismo, mediante la promoción de objetos que, por su natural perecedero, es necesario reemplazar continuamente (utilizan el concepto de "obsolescencia planificada" para describir este método capaz de mantener el complejo sistema industrial en pleno rendimiento). Por último, el gran desagüe de los excedentes sería la industria de guerra, fuertemente potenciada por el nuevo sistema industrial. Los augurios pesimistas culminan en un último capítulo en el que muestran hasta qué punto repercute en el deterioro de la calidad de vida esta tendencia del capital monopolista a derrochar bienes fungibles con vocación continua de reemplazo.

En cualquier caso, la constitución de grandes oligopolios, lejos de constituir una traba insalvable para el capitalismo, ha determinado en gran medida la revitalización del mismo. Galbraith ha analizado las razones de este hecho novedoso. Según él, el nuevo capitalismo ofrece

una imagen diferente. No hay, como en el siglo XIX, multitud de empresas enfrentadas unas a otras en virtud de la libre competencia, más un mundo laboral atomizado e impotente respecto al capital, sino un capital superconcentrado que tiene frente a sí, a modo de "poder compensador", un sindicato enormemente poderoso y, asimismo, un mundo difuso de consumidores que, pese a la manipulación de sus gastos por parte de los grandes complejos oligopolistas, mantienen también cierto control "compensador" respecto a los mismos.

En ese universo tiene lugar el declive de dos figuras del pasado: la del empresario familiar y la del hombre de negocios. En esos grandes complejos el control, la dirección, el poder, está en manos de una nueva casta, esa que Galbraith denomina la "tecnestructura", que va desde el ejecutivo hasta el obrero cualificado.

Se puede hablar, pues, del advenimiento de una "sociedad postindustrial" (Daniel Bell) caracterizada por varios rasgos: en primer lugar, por una progresiva intromisión en el seno de los procesos industriales de la ciencia y la tecnología; en segundo lugar, por la preeminencia del sector terciario de los servicios sobre los sectores primario y secundario; en tercer lugar, por la reproducción de la dirección de la economía vía educación, en lugar de vía herencia.

6.3. La sociedad del bienestar.

Este capitalismo que prefigura la organización económica, social y política del llamado "mundo occidental" a partir del desenlace de la segunda Guerra Mundial, viene caracterizado por varios aspectos nuevos: una intervención mayor del Estado en los asuntos económicos y la coexistencia de un sector privado fuerte con un sector público.

Pero, acaso el rasgo decisivo de este nuevo capitalismo lo constituye, como también hemos insinuado ya, el paso a primer plano como sujeto económico principal del consumidor.

Esto exige la elevación del poder adquisitivo de amplios sectores de la población, de manera que puedan acceder a la compra de los artículos producidos. De ahí que la sociedad de consumo presuponga la posibilidad de que la "gran mayoría" acceda al mercado y pueda comprar objetos de todo orden.

De ahí que esa sociedad presente el aspecto de una "sociedad opulenta" en la que la mayoría tiene acceso al automóvil, a la televisión, a los electrodomésticos, al turismo y a los "espectáculos de masa". Es de hecho una sociedad "de masas" en la que éstas aparecen enriquecidas, convertidas incluso en soporte activo de la economía en virtud del ahorro -potenciado por las campañas de "accionariado popular"-, etc.

En esta sociedad en la que, una vez cubiertas las necesidades elementales del hombre, permite la promoción de las masas a la esfera de un consumo liberado de la estricta necesidad. Es, pues, realmente una sociedad que vive en un **estado de bienestar** imparable hasta hace pocos años, y donde el Estado cubre toda una serie de necesidades (sanidad, enseñanza, vejez, etc.), que permite a los individuos disfrutar de la vida sin los temores atávicos de la desprotección ante la enfermedad o la vejez.

La consecuencia de todo ello, a nivel social, es el aminoramiento progresivo del tiempo de trabajo. Con ello se produce una ampliación del "tiempo libre" que hace del "ocio" uno de los temas fundamentales de la ciencia social contemporánea. En realidad, ese ocio es una exigencia de la misma sociedad de consumo, ya que ese tiempo liberado será precisamente aquél destinado al consumo generalizado. Un trabajo cada vez mejor remunerado y más reducido en horario hace posible la explosión de todo tipo de industrias de diversión, del entretenimiento, etc.

Aunque no deberían ocultar que la otra cara de esta sociedad, su lado negativo, viene dado por el deterioro general de la calidad de vida, la destrucción sistemática del habitat, el llamado "desequilibrio" ecológico, la polución urbana, la conversión de las ciudades en gigantescas

concentraciones automovilísticas. La generalización de los productos industriales ha desvirtuado la calidad de la alimentación, de la vivienda, del vestido, convirtiendo en objeto suntuario el producto "natural", cuanto no en objeto inaccesible mítico.

De ahí que los "nuevos rebeldes" de esta sociedad hayan lanzado la bandera de la "naturaleza" frente a la "cultura" y frente a la "civilización", subrayando el aspecto negativo de una sociedad que al generalizar de forma realmente democrática el consumo ha descuidado con frecuencia la calidad del objeto puesto en circulación para el consumo.

7. ELEMENTOS DE UNA CRISIS.

El nuevo mapa de la economía mundial y su incidencia sobre el modelo de la sociedad del bienestar (o también estado del bienestar), actualizan el debate sobre los sistemas públicos de protección social y su futura viabilidad. La internacionalización creciente de la economía y las tendencias que marcan un rápido envejecimiento de la población, sobre todo en ciertas áreas del planeta, son dos de los factores decisivos para considerar el problema de los recursos materiales y de las necesidades sociales desde una perspectiva global. Analicemos ambos.

7.1. El factor demográfico.

La población mundial, que es de algo más de 5.200 millones de personas en la actualidad, alcanzará los 8.000 millones en el 2025. El ritmo de ese aumento ha pasado su máximo. Efectivamente, ha pasado la cresta de la ola. Aunque la tasa de crecimiento del Tercer Mundo está en el 2% (y en 22 países africanos y 10 países árabes de Oriente Próximo es más del 3%). A medida que los países se industrializan y urbanizan, la fertilidad del tercer Mundo ha caído más y más velozmente de lo que nadie hubiera previsto hace 20 años. El cambio más drástico y más importante se ha producido en China, cuya tasa de natalidad se ha

reducido a más de la mitad desde 1965; y la población de China supone un tercio de los habitantes del Tercer Mundo.

Pero, mientras la mayor parte del interés por la bomba demográfica se centraba en las grandes poblaciones jóvenes, no se ha prestado demasiada atención al problema del envejecimiento de las poblaciones en Estados Unidos, Japón y Europa. No existe ningún precedente histórico del envejecimiento de nuestra población. estamos viviendo un nuevo fenómeno social al que la sociedad humana no se había enfrentado nunca hasta ahora. En 1990, los países desarrollados tenían tantas personas mayores de 55 años como niños de menos de 15. A mediados del siglo que viene, si no antes, las naciones desarrolladas tendrán más abuelos que niños. En Japón, la población comenzará a disminuir en el 2025, y el 51,2% tendrá más de 65 años. En Italia, casi el 44% de la población será mayor de 65 años.

Todo esto plantea extraordinarios problemas para una sociedad. Uno de ellos es el cociente de dependencia, definido como la población activa (de 20 a 65 años) dividida entre la población de jubilados que tiene que mantener. El segundo problema es el aumento de los costes sanitarios, porque cuanto más tiempo vivan los individuos, más servicios médicos y hospitalarios requerirán.

La población mundial de 65 años o más era de unos 242 millones de personas en 1992, o un 6,2% de la población total. Esto supone un aumento de 9,7 millones desde 1991; el balance neto de la población mundial de ancianos crece en más de 800.000 cada año.

La tasa actual de crecimiento de la población anciana en los países en vías de desarrollo es el doble de la tasa de crecimiento de la población mundial de todas las edades.

Entre las regiones del mundo, Europa es la que tiene una mayor proporción de personas mayores de 65 años (era del 14% en 1990, y será del 22,5% en el 2025).

Simultáneamente la esperanza de vida ha aumentado.

Este nuevo fenómeno social de un rápido envejecimiento de la población, plantea la cuestión del apoyo social a los ancianos, especialmente el tema de los cocientes de dependencia, esto es, la proporción entre los ancianos y la población activa. Debido al aumento de la natalidad en los años sesenta (el baby boom), ese grupo de edad corresponderá todavía a la población activa entre 1990 y 2010. Pero, después de esa fecha, la proporción de ancianos en la población aumentará rápidamente y planteará graves problemas económicos.

Teniendo en cuenta que los ancianos del 2025 ya han nacido, cualquier política tendrá que enfrentarse a las cifras absolutas. Si continúan las tendencias actuales, en el 2018 las personas de más de 65 años supondrán más del 30% de la población, mientras que la población activa (entre 15 y 64 años) habrá disminuido a bastante menos del 60%.

La baja tasa de natalidad y el aumento del cociente de dependencia, plantea la cuestión de creciente carga financiera que supone para la sociedad el mantenimiento de los ancianos.

Se plantea la cuestión urgente de cómo financiar las pensiones. Recientemente, Japón ha reformado el sistema público de pensiones, aumentando las cotizaciones de empresarios y trabajadores hasta un 14,3% entre ambas. Para pagar las prestaciones manteniendo el antiguo sistema japonés, las cotizaciones para los trabajadores masculinos tendrían que subir hasta un 38,8% en el 2025. Todo esto ha intensificado la presión para que la edad de jubilación -que llegó a ser de 55 años ahora es mayoritariamente de 60 años- se aumente a 65 años. Sin embargo, la situación se ve agravada por la actual recesión y el efecto que está teniendo sobre el empleo fijo y sobre el ahorro personal con vistas a la jubilación.

Ante la inevitabilidad de las cargas financieras asociadas al cuidado de los ancianos, sólo hay dos vías posibles para una política

responsablemente social del gobierno. Una de ellas es aumentar el ahorro. La otra opción es aumentar los impuestos, subiendo la carga sobre la población activa que, dada la actual estructura cilíndrica de la población japonesa frente a la estructura piramidal tradicional, significa una base menor para pagar esos impuestos. Estas dos tendencias son factores que originarán grandes cambios en la estructura socioeconómica de Japón.

Los problemas japoneses que hemos visto no difieren en absoluto de los europeos, donde el colapso de las pensiones tendrá lugar entre el 2020 y el 2040. La OCDE calcula que la población de la Comunidad Europea alcanzará un máximo de unos 330 millones de personas en el año 2000 y después caerá abruptamente, dada la baja tasa de natalidad (en Europa son necesarios 2,1 años por mujer para mantener una población constante, y en 1990 la tasa era de 1,57 niños por mujer).

La principal dificultad es que están creciendo los gastos asociados a las personas mayores a través de los sistemas de pensiones y seguridad social. En 1985, el porcentaje sobre el PIB era de casi un 12% en Europa, comparado con el 7,2% en Estados Unidos y un 5,3% de Japón en el mismo año. Pero, frecuentemente, esas pensiones no se obtienen de fondos; es decir, los pagos a la seguridad social no se apartan como reserva. En la actualidad, Francia, España e Italia pagan las pensiones directamente a partir de los salarios de la población activa. El aumento de la proporción de ancianos hará insostenible este sistema. Un documento del Gobierno francés predecía que si la cuantía de las pensiones no variaba, las contribuciones tendrían que crecer desde el actual 19% del salario hasta un 30% o un 40% en el 2040. Italia es aún más vulnerable: en la actualidad gasta casi el 14% del PIB en pensiones, frente a un 5% en 1960. Con un déficit presupuestario del 10,5% del PIB, ya no se puede permitir se gasto en pensiones.

El problema interesante es la composición del colectivo de los ancianos. Los viejos entre los viejos, las personas de 85 y más años, son el grupo de edad que crece a mayor velocidad de toda la población.

Ese grupo de edad requiere una cantidad extraordinaria de cuidados sanitarios. Una gran proporción vive en residencias u otras instituciones. El tiempo de recuperación de una enfermedad u operación es mayor, y muchas de estas personas requieren servicios durante las 24 horas del día. En resumen, es el grupo de edad de mayor coste. La difícil cuestión moral -y económica- es si habría que desembolsar ese dinero para prolongar la vida frente a otras demandas sanitarias. Obviamente, esta última reflexión plantea en toda su crudeza un estado latente de insolidaridad fruto de unas circunstancias que hace sólo unos pocos años no eran ni soñadas. Sin embargo, la crudeza de los argumentos va a determinar la toma de medidas ciertamente dramáticas.

7.2. Productividad y competitividad.

La dimensión y características del estado del bienestar en una sociedad, son función de tres factores principales:

- La capacidad de generación de excedente económico.
- Las políticas de redistribución de riqueza decididas en cada momento por la sociedad.
- El modelo cultural e institucional de valoración sobre cuáles son los bienes y servicios que deben priorizarse en la distribución de la riqueza.

La capacidad de generación del excedente determina los márgenes de las políticas sociales. A su vez, el nivel de excedente depende de la **productividad** y de la **competitividad** de una economía determinada.

Para un nivel de ganancia empresarial dado (es decir, manteniendo el actual contrato social), la capacidad de Europa para mantener sus prestaciones sociales a un relevante alto nivel en comparación con la economía mundial depende, en último término, de la evolución de la productividad y la competitividad de su economía. La productividad tiene

una relación altamente positiva con el estado del bienestar: la calidad del trabajo es el factor esencial de incremento de productividad, y esa calidad se ve altamente favorecida por el desarrollo de la educación, la sanidad, la cultura y las condiciones ambientales de vida.

Ahora bien, la competitividad de las empresas europeas en la economía global depende de que su diferencial de productividad con respecto a sus competidores de otros ámbitos sea suficientemente elevado para compensar los menores costos relativos de dichos competidores, consecuencia, entre otros factores, de cargas sociales muy inferiores. En realidad, estamos asistiendo a un deterioro acelerado de las posiciones competitivas de la economía europea con respecto a las economías del Pacífico asiático.

A nivel global, se acostumbra a dividir la economía mundial en tres grandes regiones dominantes: Europa occidental, Norteamérica (sin México) y el Asia industrializada (Japón más Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur). Sobre esta base de cálculo, la capacidad industrial comparada de cada región estaba relativamente equilibrada en 1988 y, según proyecciones fiables, se desequilibra en favor del Pacífico asiático en el horizonte del 2000. Las proporciones sobre el total de la producción industrial mundial acumuladas en estas regiones eran, en 1988, del 27,3% para Europa; del 23,4%, para Norteamérica; y del 22,1%, para el Pacífico asiático. Extrapolando las tendencias actuales, en el 2000, las proporciones respectivas serían del 24,6%, 18% y 26,9%. De hecho, la situación es más preocupante, desde el punto de vista europeo, porque dichos cálculos no incluyen a China, cuya producción industrial crece al 11% anual y cuyas redes comerciales están íntimamente conectadas con las empresas de Hong Kong, Taiwan y Singapur. Aunque los salarios y prestaciones sociales de estos países han mejorado considerablemente en los últimos 20 años, sus niveles de protección social se encuentran aún muy por debajo de los europeos. Durante un tiempo, el diferencial de productividad y su mejor posición en los mercados permitió a las empresas europeas resistir dicha competencia. Pero tal no es el caso en la actualidad. Las economías asiáticas han sido capaces de asimilar el

progreso tecnológico más rápidamente que las europeas y han conseguido construir redes comerciales internacionales. La ecuación esencial, a saber: diferencial de productividad/diferencial de competitividad, arroja resultados cada vez más desfavorables para las empresas europeas. En una palabra, en una economía global integrada, los países europeos no pueden mantener sus actuales estados de bienestar si sus competidores asiáticos mantienen sus diferencias económicas institucionales, basadas en un reducido sistema de protección social compensado por la solidaridad familiar y el paternalismo de la empresa.

Caben respuestas posibles en términos de políticas económicas-sociales, respuestas que no son excluyentes entre sí. Una es la reducción sustancial del estado del bienestar europeo para adecuarlo a las condiciones de la competición. Otra más imaginativa, más difícil es cambiar el modelo de redistribución tomando en cuenta la capacidad europea para reinventar formas sociales y culturales, **redistribuyendo valor de uso social y tiempo de vida**. Junto a la reducción de tiempo de trabajo con disminución del salario que plantea en estos momentos la izquierda europea cabría también pensar en un nuevo tipo de estado del bienestar que permita reducir su dimensión cuantitativa. Se trataría de garantizar una cobertura universal de niveles sociales básicos, a partir de la cual se redistribuye tiempo de vida a información para vivir ese tiempo, dándole sentido a la vida. Los especialistas en políticas sociales conocen desde hace tiempo cuáles son sus contenidos concretos desde el asociacionismo cultural y naturalista hasta la medicina preventiva, pasando por el control de la higiene en el trabajo y en el barrio. Es éste un terreno en el que las economías asiáticas, lanzadas en una industrialización hipercapitalista del más puro estilo, no podrían seguir a la vieja Europa asentada en un sólido tejido social. Si bien, la rigidez de nuestras empresas e instituciones hace difícil pensar en la viabilidad de dicha alternativa.

8. CONCLUSION.

A la pregunta de por qué la crisis de legitimidad en la teoría no se ha traducido en un cambio de estructuras políticas occidentales, no parece que vaya a hacerlo en un futuro más o menos próximo, la respuesta habría de ser: por falta de modelos sustitutorios claramente articulados. Hoy es convicción generalizada (y que, hasta cierto punto, debe de ser correcta) que no es posible pensar en un cambio profundo de los sistemas políticos existentes en nuestro ámbito.

Duverger vaticinaba que todo partido de centro era necesariamente una organización inestable que sucumbiría a esa misma inestabilidad. Los sistemas políticos del estado del bienestar pueden considerarse como centro en un sentido amplio, como **terceras vías**, sistemas de equilibrio, etc. y gozan de bastante buena salud, a pesar de la enorme intensificación de las tensiones disgregadoras que se producen con la crisis económica. Debe añadirse a esto que la situación actual, los dos extremos del acto político (el socialista y el liberal) aún dirigiendo ataques considerables a la construcción también dual del estado social, no son capaces de articular una propuesta sustitutoria convincente para un sector razonablemente mayoritario de la población.

Una de las causas de esta situación, probablemente insólita en la historia de la humanidad (que siempre ha tenido formulada y a mano alguna utopía) quizá sea que el estado social de derecho es una forma abierta de estado, capaz de hacer dos cosas aparentemente contradictorias:

- a) Permitir y hasta fomentar la crítica que se le hace (habida cuenta de que él mismo la elabora en gran medida).
- b) Incorporársela a veces, por absurdo que pueda parecer, hasta el punto de corregir sus defectos con arreglo a esa incorporación.

Esta rara habilidad se manifiesta también en el orden internacional en otra dualidad:

- a) El Estado se afirma hoy como una institución universal por primera vez en la historia.
- b) Al mismo tiempo, se muestra partidario de ceder parcelas de soberanía **ad extra y ad intra** en una curiosa dinámica centrípeto/centrífugo que, al tenerle a él como centro geométrico (igual que antes podía tenerse a la familia, el clan, la tribu, etc.), permite presagiar su supresión en una futura sociedad internacional algo más armónica que la actual.

Pero, para alcanzar esta nueva forma política supraestatal, es necesario mantener y desarrollar el estado social de derecho porque, entre otras muchas virtudes, sólo esta forma de estado permite creer en la buena fe, en las relaciones internacionales y completa la idea de **fair play** puramente procedimental con preocupaciones igualitarias que seguramente son tan inquietantes en el orden internacional como en el nacional.

En el orden más modesto de la sociedad nacional, parece lógico concluir aquí que el mantenimiento de la legitimidad residual en el estado del bienestar y la falta de alternativas razonables aconsejan contribuir en la medida de lo posible a consolidar esta difícil forma de estado en la que tratan de conjugarse los principios de igualdad y libertad.

Como colofón a todo lo anteriormente expuesto, cabe una pregunta a la que deberíamos responder desde un posicionamiento personal, aunque no refleje más que un sentido, un anhelo, una aspiración fundamentada en el humanismo solidario. A saber: cuando el paro es enorme, la esperanza de vida aumenta y la expansión económica se ha convertido en recesión ¿qué es imprescindible conservar en el estado del bienestar? Yo me respondo que la voluntad de concebir la seguridad frente a la enfermedad y la vejez; el acceso a la educación y el trabajo

como derechos, en el mismo sentido (y nunca inferior) en que es un derecho la propiedad, sabiendo que sólo esa garantía colectiva, obligatoria y universal, puede asegurar su mantenimiento y su ejercicio. Partiendo también de una mayor responsabilidad de todos los agentes sociales, para tener siempre en cuenta el coste de las cosas, y nuevos sistemas de distribución de la riqueza producida cuando gracias a la tecnología el trabajo necesario se reduce.

9. BIBLIOGRAFIA.

- | | | |
|---|------------------|--|
| * | Aron, R. | 18 Lecciones sobre la sociedad industrial. Ed. Seix Barral, 1964. |
| * | Bairoch | Revolución industrial y subdesarrollo. Ed. Siglo Veintiuno Editores. México, 1967. |
| * | Carter & Wilson | Discussing the welfare state. Policy Studies Institute, 1960. |
| * | Mishra, R. | The welfare state in crisis: social thought and social change. Smith, 1984. |
| * | Pigon, Arthur C. | The economics of welfare. |
| * | Offe, C. | Contradictions of the welfare state. Contemporary Politics, 1984. |
| * | Ried, Argun | Un enfoque sociológico al estado del bienestar. 1989. |
| * | Sheegan. Brendan | The welfare state today. 1992. |
| * | Shumpeter, J. | Capitalismo, socialismo y democracia. Ed. Aguilar. Madrid-Méjico-Buenos Aires, 1961. |
| * | Slemann, J.F. | The welfare state. Unwinn, 1979. |
| * | Smith, R. | The case for the welfar state. Furniss & Tilton, 1980. |

- * **Street, H.** **Justice in the welfare state.** Stevens, 1975.
- * **Sylos Labini, P.** **Oligopolio y progreso técnico.** Ed. Oikos-Tau. Villasar de Mar, 1966.
- * **The welfare state in crisis.** Conference OECD. París, 1981.
- * **Social problems and social welfare.** Open University, 1988.
- * **Temas de nuestro tiempo.** El País.
- * **Diversos artículos de periódico.** El País, ABC, Diario 16, Wall Street Journal Europe.